

### El tal de *Shaibedraa*‘ (*Don Quijote I*, 40)

Luce López-Baralt  
Universidad de Puerto Rico

“De cuyo nombre no quiero acordarme...”  
(*Don Quijote I*,1)

A mi colega Ahmad Abi-Ayad,  
que puso en mis manos  
el dato intrigante que detonó estas páginas,  
con la gratitud que él bien sabe.

#### I. Las *aventurillas* de los nombres cervantinos.

Cada nombre que urde Cervantes para sus personajes constituye una auténtica “aventurilla”, como observó Pedro Salinas con su ingenio habitual. Los apelativos, en “buscada convivencia de opuestos”, libran, en efecto, una “breve guerra civil” (Salinas 1952: 4 y 3) en el apretado espacio de su propia enunciación. El apelativo se suele disparar en direcciones identitarias antitéticas y dicta su propia historia. Pero hay otra “aventurilla” –más bien, aventura de enormes proporciones– detrás del nombre icónico que Cervantes se adjunta tras su cautiverio en Argel: Saavedra. O, como veremos, *Shaibedraa*‘, pues el apellido gallego tiene una crucial contrapartida en el árabe dialectal de Argel. El novel apellido de Cervantes, que comparte por cierto con algunos de los personajes que coloca precisamente en el espacio literario argelino, también encierra una “breve guerra civil”: la de su propia alma, fronteriza ya entre las dos culturas que sintió enfrentadas en su vida: el cristianismo y el islam. A decodificar el sentido secreto de este apelativo, que celebra unas extrañas nupcias de contrarios, van dedicadas estas páginas.

Hoy sabemos mucho acerca de las travesuras verbales a través de las cuales Cervantes experimenta “la delicia del cristianar” que tanto celebrara Salinas. Resulta imposible congelar al hidalgo manchego –Quijano, Quesada, Quijada– en una identidad estable, y hasta el mismo Sancho oscila entre apellidarse Panza o apodarse Zancas.<sup>1</sup> Por no decir mucho de su esposa, que unas veces es Teresa Panza, otras Teresina o Teresaina, otras Mari Gutiérrez o Juana Gutiérrez, y otras Teresa Cascajo.<sup>2</sup> Hasta el mismísimo apelativo que Don Quijote inventa para sí multiplica su identidad y la resuelve en paradoja. *Quixote* es la pieza de la armadura que cubre los muslos, pero ahora, gracias a Carroll Johnson (2004) sabemos que la voz alude simultáneamente al sayo de tela veraniega bordado al gusto morisco. Toda una historia de mundos culturales en pugna –la armadura cristiana y la delicada pieza textil oriental– late encubierta tras el nombre con el que el protagonista se definió a sí mismo al iniciar la aventura de su sueño caballeresco.

El nombre de “Ricote” que ostenta el morisco que regresa clandestinamente a su patria natural española (II, 54) encubre otra contradicción silenciosa. En primer lugar, se asocia con el aumentativo de “rico” –“ricacho”– con lo que Cervantes apunta oblicuamente al prejuicio de muchos cristianos viejos que imaginaban que sus compueblanos moriscos, industrioses y ahorrativos, amasaban riquezas excesivas. Ricote regresa a España a buscar un tesoro escondido de más de dos mil escudos, dándole razón, al parecer, al prejuicio generalizado contra su casta.

<sup>1</sup> Cf. Spitzer 2.

<sup>2</sup> Igual que su esposo Sancho, entrado en carnes merced a su dieta de “enjundia” o grasa de cerdo pero a la vez muy largo y delgado de piernas, Teresa oscila entre ser gruesa y delgada (Spitzer 2).

Pero el apelativo *Ricote* tiene otras implicaciones simultáneas de signo contrario. Cervantes está apuntando también al Valle de Ricote en Murcia, emporio de una población de moriscos que habían quedado muy asimilados tras siglos de convivencia pacífica con los cristianos, como recuerdan oportunamente Vicente Lloréns y Francisco Márquez Villanueva (1975). “*Ricote* era lo mismo que decir toda la crueldad inútil de la expulsión de unos españoles por otros españoles” (Márquez Villanueva (1975, 256), parecería insinuarnos Cervantes entre líneas.<sup>3</sup> Por cierto que el nombre musulmán originario del repatriado (¿Ahmed? ¿Hasan?) queda oculto para siempre bajo su equívoco atuendo de peregrino cristiano.

En las comedias argelinas los nombres que los personajes canjean vertiginosamente son heraldos de una identidad en peligro inminente de perderse. El cautivo Francisquito protesta en *Los baños de Argel* que no quiere que le cambien el nombre, símbolo de su resistencia en la fe cristiana ante el peligro de una islamización forzosa: “Padre, Francisco me llamo, / no Hazán, Alí ni Jaer” (295).<sup>4</sup> Pero es obvio que la tentación de apostatar estaba servida. La sultana doña Catalina de Oviedo, custodiada en el serrallo y vestida a la turquesca en *La gran sultana*, es invitada por sus captores a cambiarse el nombre a Zoraida (381). Pero la joven se mantiene firme en su religión y en su nombre y se casa con el Turco vestida de cristiana. Con todo, el título bímembre con el que protagoniza la comedia –*La gran sultana doña Catalina de Oviedo*– es un “baciyelmo” más en la paradójal nomenclatura cervantina, que suele esconder, como vemos, escisiones ontológicas y enfrentamientos culturales muy profundos.

La mora Zoraida, por su parte, sí asume en el *Quijote* un nuevo nombre cristiano – Marién– tal como hizo Zahara en *Los baños de Argel*. En *El gallardo español*, doña Margarita aparece en hábito de hombre y luego en hábito de mora, llamándose Fátima, y el cambio es tan extraño que se atribuye a un “milagro de Mahoma”. Claro que en su caso es un truco lúdico para salvar la vida, pero el cambio de nombre de los renegados o “cristianos de Alá” implicaba una decisión harto traumática en Berbería. Además del atribulado Hazén de *Los baños de Argel*, que osciló entre las dos religiones y que finalmente fue empalado, cabe evocar a Uchalí (Aluj Alí) y a Morat Arráez Maltrapillo, a quien Cervantes, compasivo, llama “muy grande amigo mío” y “nuestro renegado” en la *Historia del cautivo*.

Cervantes sabe bien que cambiar de apelativo en aquel Argel que sintió como un espacio babélico era asunto de vida o muerte. Cuando en *La gran sultana* Roberto ve el cambio de nombre y de atuendo del renegado Salec –otro agnóstico, por cierto, como el morisco Ricote– le pregunta “¿cómo te has olvidado / de quien eres?” (368). Por su parte, Arlaxa pontifica cruelmente en *El gallardo español*: “Ya no es nadie el que es esclavo” (220). La identidad era pues cosa muy quebradiza en el cautiverio, y el baile alucinante de apelativos así lo demuestra.<sup>5</sup>

La volubilidad onomástica cervantina, que invariablemente adquiere tintes traumáticos en el espacio argelino, resulta más humorística en el *Quijote*. La sin par Dulcinea, con su almibarado nombre caballeresco, procede del Toboso, población conocida en el siglo XVII por su abundante población morisca (Américo Castro 1966; 1972); Benumeya Grimau 2006, 199; Carrasco Urgoiti 2006, 125-126; Viñas y Paz (581); Stoll 311-312). Habría pues que traducir su apelativo bicultural como “Dulcinea de la morería”, cosa que no es de extrañar a la luz de los

<sup>3</sup> Márquez Villanueva (1975, 256) recuerda que la diatriba antimorisca del P. Marco de Guadalajara se titula, muy acorde, *Prodición y destierro de los moros de Castilla hasta el valle de Ricote* (Pamplona, 1614).

<sup>4</sup> Advierto que citaré todas las comedias cervantinas por la edición de las *Obras completas* de Angel Valbuena Prat, el *Persiles* por la edición de Carlos Romero Muñoz, las *Novelas ejemplares* por la edición de Harry Sieber y el *Quijote* por la edición de Luis Andrés Murillo.

<sup>5</sup> Para interpretaciones novedosas en torno a la fluidez identitaria y al travestismo en la obra cervantina, cf. Barbara Fuchs y Agapita Jurado Santos.

puecos que salaba para exhibir una falsa identidad cristiana. Alifanfarón es otro nombre que aglutina factores culturales que se oponen: “Ali” es un nombre propio árabe muy común, pero al juntarlo con “fanfarrón” se deforma humorísticamente, y el moro guerrero termina en un ‘Ali’ de burla, en un simple vanaglorioso.

El célebre “baciuelmo” constituye la proverbial punta del témpano del cristianar cervantino. Sancho acuña el término para obligar a convivir los conceptos antitéticos de la bacía de barbero y el yelmo de Mambrino: estamos ante el botón de muestra más representativo de cómo Cervantes concebía el mundo y de cómo lo bautizaba. Estos curiosos procedimientos onomásticos, que incluyen como vimos la imposible condición de Cide Hamete como “historiador arábigo y manchego” llevan a Carroll Jonson a concluir que “many if not most aspects of the *Quijote* respond to the same double valence, referring simultaneously to the Christian neo-Latin and the Islamic Arabic cultural and linguistic orbits” (Johnson 2010, 239).

Pero el novelista alcalaíno no se limita a estas curiosas “células de lo paródico” (Salinas 3) –su inquietud onomástica nos asoma también al extraño proceso de adjuntar un nuevo nombre al propio. Llama la atención que explore en su ficción lo que él mismo hizo más allá del convencionalismo literario, cuando sumó a su apellido Cervantes el inusual “Saavedra”. También el apicarado Pedro de Urdemalas, en la comedia que lleva su nombre, añade a su patronímico un nuevo apellido:

Es Pedro de Urde mi nombre  
mas un cierto Malgesi  
mirándome un día las rayas  
de la mano, dijo así:  
“Añadióle Pedro al Urde  
un malas: pero advertid,  
hijo, que habéis de ser rey,  
fraile y papa y matachín  
.....  
pasareis por mil oficios  
trabajosos; pero al fin  
tendréis uno do seáis  
todo cuanto he dicho aquí. (508-509).

La añadidura de un apellido –para colmo, negativo: “Malas”– implica para el legendario personaje folklórico el desdoblamiento automático de su personalidad. Las múltiples identidades contradictorias que, según el gitano quiromántico, adquirirá en adelante se deben, claro está, a la condición de “farsante” o actor que habría de asumir con el tiempo, pero queda patente que el nuevo sobrenombre “Malas” implica la fragmentación del propio ser. Tomemos nota de ello.

Los nombres cervantinos, monedas onomásticas de doble cara, no anclan sino que desestabilizan las identidades de los personajes. Apuntan a un trauma ontológico, sobre todo cuando se dan en el espacio argelino. Cervantes, como veremos, no estuvo ajeno a estas encrucijadas en el orden del ser.

## II. El “tal de Saavedra” (*Quijote* I,40).

Antes de preguntarnos por qué Cervantes elige para sí el sobrenombre de Saavedra, cabe recordar que puebla de “Saavedras” el espacio ficcionalizado de Argel. Todos son su alter-ego. Ahí está el valeroso “soldado español llamado tal de Saavedra” de la historia del cautivo del *Quijote* (I, 40), que se salvó inexplicablemente de castigos infamantes como el empalamiento o

la horca. Cervantes decide pasar en silencio sus proezas: “si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo” (I, 40, 486). Un tupido velo de silencio oculta la experiencia personal del cautiverio en un curioso *black hole* vivencial, de cuyos alcances me ocuparé enseguida.

En *El gallardo español*, obra que evoca el ataque al presidio hispano de Orán (1563) por los turcos,<sup>6</sup> don Fernando “tiene por sobrenombre Saavedra” y es apostrofado por Alimuzel como “aquel de Saavedra” (186). Por complicadas peripecias de la trama, don Fernando oculta su propia identidad, y aun la desdobra cuando, vestido equívocamente de moro, alude a *Saavedra* como “su otro yo” (196). Todo esto, mientras los niños de Orán proclaman que se ha tornado moro. La escisión de la personalidad, vivida vicariamente bajo el apellido *Saavedra*, queda dotada de una inquietante impronta islámica.

El otro personaje “Saavedra” es un soldado cautivo que implora de rodillas al Rey Filipo lo salve del cautiverio en *El trato de Argel*. No tiene nombre propio y ostenta el apellido a secas, como si fuera innecesario añadir nada más al escueto *Saavedra* que lo define rotundamente. El nombre o el sustantivo aislado, como se sabe, potencia siempre sus propias valencias afectivas. Recordemos que ésta es la más primaria, cronológicamente hablando, de todas las comedias cervantinas, pues nuestro autor la debió redactar hacia 1580, cuando aun tenía muy fresca en su memoria las peripecias del cautiverio.

Advirtamos la extraña indeterminación que tiene el nombre *Saavedra* en las obras argelinas del alcalaíno: “el tal”; “tiene por sobrenombre”; “aquel de Saavedra”; o bien “Saavedra” a solas. Tanta insistencia onomástica en *Saavedra* es sospechosa, máxime cuando los personajes llevan el apelativo a manera de etiqueta impuesta<sup>7</sup> o bien aislado. Algo muy íntimo nos está insinuando Cervantes: cuando de Argel se trata, con llamarse *Saavedra* todo queda dicho.

Importa tener presente, a todo esto, que cuando Cervantes se ficcionaliza a sí mismo fuera del escenario de Argel su nombre ya no es *Saavedra*. El barbero que expurga la biblioteca de don Quijote, surtida de libros europeos renacentistas, se refiere a su “amigo”, el autor de *La Galatea*, por su nombre legítimo: Miguel de Cervantes. Es que en esta escena el autor cierra filas con su voz clásica, hija de las bucólicas de Virgilio y de Sannazaro, y ajena ya al recuerdo del cautiverio berberisco. No es de extrañar que el sobrenombre *Saavedra* brille entonces por su ausencia.

La sobredosis del apellido “Saavedra”, estrechamente relacionado, como vemos, con Argel, no parece un simple *divertimento* ficcional por parte de Cervantes, ya que coincide demasiado de cerca con su propia circunstancia biográfica. El novelista adjunta un inesperado “Saavedra” a su apellido familiar justamente a partir de su cautiverio en Berbería, como recuerda oportunamente María Antonia Garcés (Garcés 2003). Conviene examinar las razones que tendría para hacerlo, ya que el nuevo nombre compuesto parecería nacido de la configuración de un

<sup>6</sup> Sobre las relaciones de España y el norte de África, cf. Fernand Braudel y Mercedes García Arenal (1989; 1992).

<sup>7</sup> Canavaggio apunta al hecho de que, curiosamente, también la identidad de Cervantes parecería conferida desde afuera: “la identidad permanente [...] se le otorga de modo tan espontáneo como unánime, haciendo que se llame ‘comúnmente’ Miguel de Cervantes Saavedra” (Canavaggio 2000, 69-70). Carroll Johnson (2010, 288-289) destaca a su vez el hecho de que Cervantes, en los prólogos en los que se auto-ficcionaliza, suele usar una distante tercera persona para referirse a sí mismo, sobre todo cuando alude a los sucesos de Argel: “Fue soldado muchos años”; aunque [la herida de su brazo] parece fea, él la tiene por hermosa”; en su cautiverio “aprendió a tener paciencia en las adversidades”. No estamos lejos del desdoblamiento del “gallardo español” don Fernando de Saavedra, quien solía aludir a Saavedra como su “otro yo”, ni tampoco del Saavedra del *Trato de Argel*, que no se daba cuenta de cómo lloraba una parte de su psique al llegar a la ciudad portuaria de su largo cautiverio.

trauma: el cautiverio de Argel. El fundador de la novela moderna salió de Berbería con una visión de mundo tan fronteriza y tan llena de polaridades irresueltas como la de los hijos de ficción con quienes compartió su nuevo apellido.

### III. El cautiverio de Argel y la crisis de identidad de Cervantes

El autor del *Quijote* conservará para siempre en la memoria su llegada como cautivo a Argel cuando apenas tenía 28 años. Es su alter-ego ficcional, aquel que ostentaba el nombre *Saavedra* como etiqueta identitaria desnuda en *El trato de Argel*, quien, anegado en llanto al verse llegar a puerto cargado de cadenas, habla por el autor:

Quando llegué cautivo y vi esta tierra  
tan nombrada en el mundo, que en su seno  
tantos piratas cubre, acoge y cierra,  
no pude al llanto detener el freno  
que a pesar mío, sin saber lo que era  
me vi el marchito rostro de agua lleno. (117)

La angustia de su futuro incierto como prisionero de rescate no inhibiría, con todo, el asombro de Cervantes ante el espectáculo del célebre puerto de Argel, una ciudad próspera llena de zocos, mezquitas, baños y palacios frente al mar. Tenía a la sazón ciento cincuenta mil habitantes –era más poblada que Palermo o Roma– y su animación le recordaría a Cervantes a Nápoles (Canavaggio 71). En su espléndido estudio etnográfico que constituye la *Topografía de Argel*, Antonio de Sosa insiste en el clima cosmopolita que la conflagración de culturas –cautivos, comerciantes y renegados de todas las naciones, turcos, judíos, moriscos y morabutos<sup>8</sup>– otorgaba a la ciudad berberisca. Esta urbe políglota, que observaba la libertad de culto religioso, se le antojaría a Cervantes no sólo un mundo distinto al suyo, “sino en muchos aspectos inversión o antípoda” de la España inquisitorial (Márquez Villanueva 2010, 29). Esta vivencia en Berbería habría de cambiar para siempre la manera en la que Cervantes enfrentaría la realidad: “La visión y experiencia de una sociedad tan ajena a la española de la época, le distanció de los parámetros al suyo, dándole perspectivas inéditas sobre el hombre y la humanidad, con mucha mayor tolerancia y liberalidad” (Abellán 203).

Cervantes fue testigo, claro está, de las atroces crueldades cometidas contra los cautivos por sus amos de turno.<sup>9</sup> Sin llegar a los excesos descriptivos de su compañero de cautiverio Sosa,

<sup>8</sup> Los renegados o “cristianos de Alá”, como los llaman Bartolomé y Lucile Bennassar (1989), constituían una inmensa parte de la población de Argel, y en buena medida la actividad del corso estaba en sus manos. La diversidad nacional de estos cautivos y renegados es de veras asombrosa, como atestigua Antonio de Sosa en su *Topografía de Argel* (I, 52-53): “No hay nación de cristianos en el mundo de la cual no haya renegado y renegados en Argel. Y comenzando de las remotas provincias de Europa, hallan en Argel renegados moscovitas, rojos [...] búlgaros, polacos, húngaros, bohemios, alemanes, de Dinamarca y Noruega, escoceses, ingleses, irlandeses, flamencos, borgoñones, franceses, navarros, vizcaínos, castellanos, gallegos, portugueses, andaluces, valencianos, aragoneses, catalanes, mallorquines, sardos, corzos, sicilianos, calabreses, napolitanos, romanos, toscanos, genoveses, saboyanos, piamonteses, lombardos, venecianos, esclavones, albaneses [...], griegos, candiotas, cretanos, chipriotas, surianos y de Egipto y aun Abejinos del Preste Juan e indios de las Indias de Portugal, del Brasil y de Nueva España...”.

Para Antonio de Sosa, véase el brillante estudio introductorio que hace María Antonia Garcés a la edición inglesa de la *Topografía* (Garcés 2011), así como el estudio preliminar de Emilio Sola a la edición del segmento de la obra titulado *Los mártires de Argel* (1990). Daniel Eisenberg, por su parte, atribuye la *Topografía* de Sosa al mismísimo Cervantes, pues sospecha que conoció la ciudad demasiado de cerca (Eisenberg (1996).

<sup>9</sup> De ahí la dureza con la que a veces el novelista evoca la ciudad de su cautiverio: en el *Persiles* (III, 10, 526) denuesta el comercio del corso que hizo famosa a la ciudad porteña y que habría de cambiar su vida para siempre,

vale recordar a los prisioneros desorejados y al empalado Hazén de *Los baños de Argel*, así como el martirio de Francisquito, cuya cruda ejecución Cervantes describe con pinceladas atroces hermanadas con las de Sosa, que fue testigo ocular de sucesos semejantes. Cervantes queda hermanado con sus personajes porque él mismo estuvo en riesgo inminente de sufrir un destino semejante: en la *Información de Argel* (1580) sus testigos testimonian cómo, tras su fallido intento de fuga, Hasán Bajá, *beylerbey* de Argel, lo amenazó con tortura para que delatara a sus compañeros. Lo sometió a un simulacro de ejecución, mandándole colocar un “cordel a la garganta y a atar las manos atrás, como que le querían ahorcar” (Cervantes 2007, 13).<sup>10</sup>

Con todo, al ser un valioso “cautivo de rescate”, y objeto, por lo tanto, de transacciones especulativas constantes ente sus captores y los padres mercedarios encargados de redimir a los rehenes, el futuro autor del *Quijote* tuvo una posición privilegiada como prisionero. Tuvo “la ciudad por cárcel” (Márquez Villanueva 2010, 31), salvo unos breves cinco meses de reclusión tras su cuarto intento de fuga, una pena realmente benigna dadas las circunstancias de su constante rebeldía. La relativa ociosidad del protegido prisionero lo llevó a conocer muy de cerca el ambiente abigarrado de la ciudad, cuya confusión multicultural retrata en muchas de sus obras: “Argel es, según barrunto / Arca de Noé abreviada”, dirá lapidariamente el personaje Osorio en *Los baños de Argel* (301).

La experiencia del cautiverio argelino de Cervantes ha hecho correr mucha tinta, como demuestran los estudios de Jaime Oliver Asín (1948), Jean Canavaggio, Emilio Sola (1995; 2010), María Antonia Garcés (1998; 2002/2005; 2003; 2010), Francisco Márquez Villanueva (1975; 1991; 2010), Rosa Rossi (1987/1988), María Jesús Rubiera Mata, Ahmad Abi-Ayad (1994; 1995; 1999; 2002; 2003; 2005; 2006), Diana de Armas Wilson, Mahmud Ali Makki, Michael McGaha, Frederick de Armas, Bartolomé y Lucile Bennassar, José Luis Abellán, Nuria Martínez de Castilla y Rodolfo Gil Benumeya Grimau, Alberto Sánchez Sánchez, Míkel de Epalza, Luis F. Bernabé Pons, Daniel Eisenberg (1996; 1999) y Carroll Jonson (2010) entre tantísimos otros. Pese a los nuevos datos que adelantan estos estudios, y a despecho de que Cervantes inscribe obsesivamente la experiencia de Argel en su obra de ficción –*El trato de Argel*, *Los baños de Argel*, *El gallardo español*, *La gran Sultana*, *La historia del cautivo* (novela inserta en el *Quijote*), *El amante liberal* y el episodio del Jadraque Jarife y de la morisca Zenotia (insertos en el *Persiles*)– aún se nos escapa cómo Cervantes viviría íntimamente el trauma de su cautiverio. Sometido a la constante tentación de convertirse al Islam para obtener una vida más holgada, y envuelto en oscuras transacciones propias del servicio secreto cuyos detalles y significado último aún se nos ocultan,<sup>11</sup> es posible que la hondura del trauma que detonó en Cervantes el cautiverio le impidiera expresar con más holgura cómo se sintió de verdad ante aquellos sucesos. En su documentada biografía de Cervantes, Jean Canavaggio admite que

---

llamándola “gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de corsarios, y amparo y refugio de ladrones”. En *Los baños de Argel*, los cautivos cantan nostálgicos y enfurecidos por su suerte, a la dulce España, “tan cara de haber” desde la “infame ribera” de Argel (295-296). No es de extrañar, en este sentido, que lo llame “perro Argel” (295).

<sup>10</sup> Es curioso que la morisca Ana Félix, la hija de Ricote, viva la misma amenaza de ahorcamiento en el *Quijote*: Cervantes parecería hermanarse con la casta marginada que acababa de ser expulsada de España.

<sup>11</sup> Cervantes no duda en representar el espionaje en obras como *La gran Sultana*, en la figura del personaje Andrea. Garcés, de otra parte, carga la mano sobre el tema del espionaje al referirse al “enigmático” viaje de Cervantes a Orán, “taken in 1581 for Philip II’s secret services” (2011, 65). Sobre el enigma del servicio secreto de Cervantes, cf. también las citadas obras de Canavaggio, Sola y de la Peña y Márquez Villanueva (2010), así como el libro póstumo de Carroll Johnson (2010), quien sospecha que Cervantes fue algo así como un *coyote* o que mercadeaba prisioneros a cambio de dinero. Algún día sabremos más sobre esta dimensión oculta de la vida de Cervantes, que también habrá de arrojar más luz sobre su obra, tan misteriosa como su vida.

ignoramos las motivaciones que subyacen a la mayoría de las decisiones vitales del escritor. “¡Cuántas oscuridades todavía!” se lamenta el biógrafo (6); para cerrar su estudio aludiendo justamente al enigma no resuelto de la vida del célebre escritor: “Impenetrable, su misterio nos fascina” (Canavaggio (260). Cervantes “calló no poco”, observa a su vez con aires de sospecha Márquez Villanueva (2010, 35), y lo secunda Daniel Eisenberg: “hubo algo, o aun algo, que [Cervantes] no nos permitió saber” (1999, 251).

Con todo, una cosa sí parece estar más allá de duda: la crisis psíquica, propia de todo cautivo, habría de dejar a Cervantes oscilando para siempre entre dos espacios enfrentados –su cultura occidental y el mundo islámico. Como sostiene Juan Goytisolo, Argel fue “ese vacío – hueco, vórtice, remolino– en el núcleo central de la gran invención literaria” del célebre novelista (60). Muchos cervantistas lo han advertido a su vez: Alonso Zamora Vicente (II, 239) considera que la experiencia argelina “divide en dos mitades” la vida de Cervantes, mientras que Luis Andrés Murillo (1981) sospecha que la “Historia del cautivo”, calcada de una de sus tempranas comedias argelinas, es nada menos que el “Ur-Quijote”, es decir, su “parte más primitiva” (Eisenberg 1996, 7). Ciriaco Morón Arroyo (102) propone, por su parte, que “la cárcel en que se engendró el *Quijote* fue el cautiverio de Argel”.

Parte esencial del evidente conflicto que tendría Cervantes con la ciudad portuaria en la que pierde su libertad es que admiraría secretamente muchas de las cosas que este mundo argelino abigarrado, multicultural y cosmopolita le ofrecía. Para el novelista sería difícil admitir que había admirado y acaso aun amado muchos aspectos civilizados, que hoy consideraríamos modernos, de la nación de su cautiverio. Concurro con la conclusión del cervantista argelino Abi-Ayad: “mucho se ha escrito sobre el cautiverio cervantino en Argel pero nunca se ha hablado de la influencia positiva y del enorme impacto que ejerció en él nuestra tierra” (2000, 15).<sup>12</sup> Abi-Ayad llega a imaginar la relación de Cervantes con Argel, llena de altibajos pero a la vez no exenta de fascinación, como la relación de “un couple amoureux” (Abi-Ayad 2005, 486). El cautivo, en efecto, se abrió allí a la comprensión de la diversidad cultural, que le tocó vivir en carne propia, según propone a su vez Evangelia Rodríguez: “la diversidad de visiones y culturas está en la base del mejor Cervantes. Porque en Argel, aprende a mirar y a comprender lenguas y gentes.”<sup>13</sup> Este posible sentimiento paradójico de Cervantes por el país donde estuvo cautivo entre 1575-1580 no es para sorprender, ya que María Antonia Garcés observa que lo mismo ocurre en el caso de Antonio de Sosa, el compañero de penas de Cervantes: “in spite of his vicissitudes as a captive in Algiers, Sosa’s *Topography* reveals a tacit love affair with the multicultural metropolis, the real protagonist of his works” (Garcés 2011, 20). Cuando leemos con atención la *Topografía de Argel*, es imposible sustraernos del hecho de que la belleza de la urbe cosmopolita y la libertad de culto no hubieran podido despertar la admiración del autor. Claro que ni Sosa ni el padre de la novela española hubieran podido articular jamás su secreta adhesión a las dimensiones más luminosas y civilizadas de Argel: en primer lugar, por la censura; en segundo lugar, porque su admiración a la tolerancia entraba en conflicto directo con su propia cultura

<sup>12</sup> Abi-Ayad insiste en la nueva realidad abierta ante la que Cervantes se tiene que enfrentar: “Dans ce ville cosmopolite, toutes les communautés cohabitent et pratiquaient leur confession. On permettait aux chrétiens, même esclaves de pratiquer librement leur culte et célébrer la messe le dimanche, ainsi que les fêtes religieuses tout comme on autorisait les juifs à ne pas travailler le jour du Sabbat. Cette tolérance remarquable, vertu islamique répandue et connue dans toute en l’Espagne musulmane, provoqua vivement l’admiration de Cervantes, qui savait que de l’autre côté de la Méditerranée, les musulmanes morisques étaient expulsés de leur terre natale et durement châtiés par le tribunal de l’Inquisition, qui leur interdisait toute pratique culturelle et religieuse en Espagne” (Abi-Ayad 2005: 491-492).

<sup>13</sup> Cito por Abi-Ayad 2000: 16.

europea y cristiana. Cervantes termina convertido pues en un exilado interior, en un “hombre de frontera que se ve forzado a vivir siempre al borde del abismo”, como sospecha José Luis Abellán (199).

María Antonia Garcés (2002, 29) analiza los versos del *Trato de Argel* que describen la llegada a la célebre ciudad portuaria de Saavedra, el alter ego cervantino, y concluye que reflejan la hondura del trauma psíquico de Cervantes: “a pesar mío, sin saber lo que era / me vi el marchito rostro de agua lleno”. La identidad se desdobra ante la crisis del cautiverio y el personaje observa pasivamente que sólo una parte de su ser cede al llanto (Garcés 2002, 175). “Como ilustra Sándor Ferenczi (1982), la escisión del yo en el trauma mide [...] la extensión o importancia del daño” (apud Garcés 2003, 368). Observa a su vez Donald W. Winnicott (1989)<sup>14</sup> que un trauma tan significativo como el cautiverio forzado, que asoma al sujeto constantemente a las puertas de la muerte, no sólo promueve una escisión de la personalidad sino una ruptura violenta en el hilo de la vida, un cambio radical en el orden del ser.

#### IV. ¿Por qué Saavedra? Los posibles antecedentes españoles del apellido que asume Cervantes

La adopción del nuevo apellido *Saavedra* por parte de Cervantes no parece sino la clave cifrada del nacimiento de un nuevo yo. María Antonia Garcés explora a fondo este cambio de onomástico (Garcés 2003), que parece ser, como vemos, el resultado de un trauma de identidad no resuelto, y propone que varios personajes asociados a la vida fronteriza podrían haber inspirado el novel apellido de “Saavedra” que Cervantes se adjunta de manera abrupta.<sup>15</sup> Un pariente lejano, Gonzalo Cervantes Saavedra, que el novelista celebra por su condición de poeta en el “Canto de Calíope” de *La Galatea* (1585), pudo haber detonado su identificación con el nuevo apellido.<sup>16</sup> Este pariente también fue soldado en Lepanto y, a la postre, marcha a Indias, aventura que Cervantes deseó asumir, aunque sin éxito. De otra parte, el novelista también podría estar haciendo suyo el apellido del antiguo cautivo Juan de Sayavedra, héroe legendario del romancero, que Ginés Pérez de Hita menciona en la primera parte de las *Guerras civiles de Granada*. Capturado por los moros granadinos, éstos pidieron por él un alto rescate, exactamente como ocurrió con Cervantes en Argel. Sayavedra era, como el autor del *Quijote*, un hombre que se movía en los márgenes indecisos de una cultura a otra: un auténtico fronterizo, como señala a su vez María Soledad Carrasco (1998, 575). Por más, este Sayavedra tuvo, como cautivo, la angustiada tentación de apostatar y de pasarse al lado enemigo: igual que Cervantes, era un fronterizo que se movía en los márgenes indecisos de dos culturas. A la luz de los personajes que renegaron en los dramas argelinos de Cervantes, y a los que se refiere –ya lo sabemos– con compasivos epítetos como “nuestro renegado”, “grande amigo mío”,<sup>17</sup> podemos adivinar cuán presente y acuciante habría sido esta tentación para el escritor cautivo.

Salta a la vista que el apellido *Saavedra* tendría para Cervantes unas evidentes resonancias fronterizas:<sup>18</sup> al adquirirlo, estaría proclamando la encrucijada de su identidad fragmentada tras su cautiverio berberisco.

<sup>14</sup> Garcés se sirve de este psicoanalista, que tanto ilumina los alcances del trauma cervantino, en el capítulo V, “Anudado este roto hilo”, de su citado estudio *Cervantes in Algiers* (2002).

<sup>15</sup> Para las diferencias entre nombre, patronímico y apellido, cf. Garcés 2003, 361.

<sup>16</sup> Recordemos que Cervantes siempre aspiró a ser un gran poeta, “gracia que no quiso darle el cielo”.

<sup>17</sup> Se refiere al renegado murciano Maltrapillo (*Quijote* I, 40).

<sup>18</sup> Para el personaje Saavedra en relación con un “deseo de identificación en la diferencia” en el contexto del *Trato de Argel*, véase Zmantar 1979).



## V. El tal de *Shaibedraa*<sup>4</sup>

María Antonia Garcés sospecha, como vimos, que Cervantes pudo haber adoptado su sobrenombre *Saavedra* incluso durante su cautiverio (Garcés 2003, 360). Seis años después de su regreso de Argel lo vemos servirse de su nuevo apellido ya con carácter oficial: firma “Cervantes Saavedra” en los documentos de su matrimonio con Catalina de Salazar y en sus cartas como comisario de la Armada, e incluso inscribe a su hija ilegítima como “Isabel de Saavedra”.<sup>19</sup> Si bien era costumbre bastante usual en la España de la época alterar los patronímicos y los apellidos sin mucho miramiento, me hago eco de Garcés (2003, 361) cuando insiste en que fue bastante inusual que Cervantes adoptara el nuevo apelativo tan tarde en su vida.

Garcés ha destacado, como vimos, las indiscutibles resonancias fronterizas del apellido Saavedra, pero la situación es aun más compleja, ya que, por su rancio origen gallego, *Saavedra* era asociable también con la estirpe goda que la casta de los cristianos viejos esgrimía como antídoto a la temida sangre “conversa”. El apellido *Saavedra* procede del topónimo Saavedra, población de la provincia gallega de Orense (Tibón, 1995: 215). Etimológicamente deriva del bajo latín *sala vetera*, que deriva en gallego en *Saa* (sala, solar, caserío, quinta) *vedra* (antigua) (Tibón 215; Faure et al. 667). En su *Diccionario heráldico y genealógico* Alberto y Arturo García Carrafa elogian las ilustres ramas de la familia Saavedra, “pródigas en eminentes varones: grandes de España, famosos capitanes, prelados, caballeros de Órdenes Militares y Reales Maestranzas, poseedores de títulos del Reino” (García Carrafa 11). Nada más del gusto de Cervantes, tan proclive a la paradoja, que ostentar un apellido “fronterizo” que a la vez fuese una ilustre garantía de la sangre patricia y sobre todo “limpia” de su usuario.

El recién adquirido *Saavedra*, que encapsula un nombre “godo” y a la vez “fronterizo”, nos entra de lleno en el universo baciyélmico de Miguel de Cervantes: basta recordar que el manuscrito arábigo de Cide Hamete se transforma alquímicamente en los pergaminos en letra gótica al cierre del primer *Quijote*. El texto es árabe y goda a la vez, como el apellido compuesto de su autor. Han quedado geminadas, no sin ironía, la ambivalente vivencia fronteriza, que convirtió a todo ex-cautivo repatriado en sospechoso de una posible islamización cultural o religiosa, con el mundo “puro” –y a salvo– de los cristianos viejos<sup>20</sup>.

Pero el apelativo *Saavedra* constituye una “aventura” onomástica mucho más compleja aun, y la decodificación de su oscuro acertijo nos devuelve precisamente a Argel. Es que el apellido Saavedra que adopta Cervantes consueña demasiado de cerca con el antiguo apellido argelino *Šayb ad-ḍirā*, pronunciado *Shaibedraa* en árabe dialectal magrebí. La pista me la

<sup>19</sup> Garcés recuerda que el nacimiento de Isabel hacia 1584 coincide aproximadamente con la composición y puesta en escena del *El trato de Argel* (c. 1581-1583). Es tan tarde como en 1608, en ocasión de su segundo matrimonio, que a Isabel le son conferidos los dos nombres del padre y pasa a llamarse “Isabel de Cervantes y Saavedra” (Garcés 2003, 364).

<sup>20</sup> Por más, Cervantes mismo se sume, como escritor, en estas ambigüedades multiculturales cuando cuelga la pluma de Cide Hamete de una espetera al final del segundo *Quijote*, para que hable en defensa de su crónica: sólo que sus palabras, que tendrían que haber sido enunciadas en árabe, se transmutan de súbito en las propias palabras castellanas de Miguel de Cervantes, que denigra las novelas de caballerías denunciadas ya en el prólogo del primer *Quijote*. La escena demencial, digna de la pluma proclive a la *mirabilia* de un “mago” oriental, parecería proponernos que Cervantes “fluye” de un Cide musulmán. Que el escritor nace de veras a las letras españolas después del encuentro forzoso (pero muy íntimo) con el mundo islámico. Es obvio que, en los niveles psíquicos más profundos que implica siempre la creación literaria, Cervantes “coexiste” con Cide Hamete. Resulta difícil –cuando no imposible– distinguir entre su propia identidad escrituraria y la del cronista arábigo. El alcalaíno es un autor bifronte y bicultural, de simpatías divididas, como argumentaba, con sobrada lucidez, Edward C. Riley (1962). Para la clave simbólica islámica de esta pluma o “cálamo supremo”, véase López-Baralt 2000.

ofreció el cervantista de Orán Ahmad Abi-Ayad<sup>21</sup> precisamente en Argelia. El patronímico está ampliamente documentado, como he podido corroborar después: el colega Ouakil Sebbana me informa que el apellido *Šayb aḍ-ḍirā* “se localiza solamente en el norte de Africa, especialmente en Argelia”, y me ofrece ejemplos específicos.<sup>22</sup> El hispanista tunecino Mohamed Aouini, por su parte, se hace eco de la existencia del apellido en la región de Argel,<sup>23</sup> dato que me corrobora a su vez el islamólogo argelino Hamidi Khemisi: “je trouve des milliers de noms et plusieurs familles de ce nom a Tlemcen et même des noms de lieu à l’ouest de l’Algerie”.<sup>24</sup> Mohamed Meouak, profesor de la Universidad de Cádiz y experto en árabe dialectal argelino,<sup>25</sup> me proporciona más detalles al respecto: “Existe un pueblo de la provincia argelina de Mostagamen llamado *Ūlād Šayb aḍ-ḍirā*. Encontramos otros nombres de pueblos argelinos con el antropónimo *Šayb aḍ-ḍirā*, así como nombres de familias que llevan dicho apellido (también en las zonas de Chlef, Miliana, Tisimsilt, etc., y en otras áreas geográficas de Argelia”.<sup>26</sup> Incluso había en Argelia un antiguo aduar (*douar*) o campamento nómada donde se reunían familias unidas por una común ascendencia por vía paterna que llevaba el nombre patronímico de *Šayb aḍ-ḍirā*.

Pero no es sólo que exista en Argel un apellido árabe que consuene fonéticamente con el apellido español *Saavedra*: es que a Cervantes, tullido de un brazo en la alta ocasión de Lepanto, le pudieron poner el sobrenombre *Shaibedraa* durante su cautiverio. Es que la voz *shaibedraa*, esgrimida como frase, significa nada menos que “brazo defectuoso”. La voz *al-ḍirā* significa “brazo” (Cowan 356), mientras que “*šaīb*” proviene del verbo *šūb* o *šiāb*, que significa “alterar, falsear, encanecer” (Cortés 601; Cowan 574; y Corriente 77). De este verbo procede la voz *šāi’ba*, que significa, según Cowan (574) “defecto, falta, mancha”<sup>27</sup>; y, según Cortés (601), “defecto, tara, daño”. Importa mucho señalar que lo mismo vale para el árabe dialectal que Cervantes escucharía en Argel: así lo corrobora el *Dictionnaire pratique arabe-français* de Marcelin Beaussier, elaborado en base a materiales dialectales de Argelia y Túnez: “*šāyba*” significa “défaut, vice” (Beaussier 547). El *Supplément au Dictionnaire pratique arabe-français de Marcelin Beaussier* de Albert Lentin (165) corrobora asimismo el sentido de “defectuoso”, añadiendo la variante de “canoso” como defecto del cabello oscuro, que muchos de mis colegas me infomaron de viva voz más de una vez en Argel.

*Shaibedraa* es pues un epíteto –un “mal nombre”– que se lanza con sorna a un tullido del brazo. Así lo asegura Muhamed Aouini,<sup>28</sup> y añade por su parte el arabista Pablo Beneito: “Durante su estancia en Argelia, Cervantes pudo ser apodado Saavedra, lesionado/herido en un/el brazo. La frase *huwa ms.âb bi-d\_râ* significa “él está herido en un brazo”. La expresión

<sup>21</sup> Información compartida en Tlemcen, Argelia, el 25 de octubre de 2011, en ocasión del Congreso *Tlemcen, terre d’accueil après la chute de l’Andalousie, du 25 au 27 octobre 2011* (Tlemcen). Una vez más, va mi gratitud más profunda al colega cervantista.

<sup>22</sup> Comunicación electrónica del 21 de mayo de 2012.

<sup>23</sup> Comunicación electrónica del 20 de mayo de 2012.

<sup>24</sup> Comunicación electrónica del 18 de noviembre de 2011.

<sup>25</sup> Agradezco vivamente a Mercedes García-Arenal (CSIC) y a Sergio Carro Martín (Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS-CSIC), Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo) que me pusieran en contacto con el arabista Mohamed Meouak, de Jerez de la Frontera, que con tanta generosidad y conocimiento de causa ha aclarado mis consultas.

<sup>26</sup> Comunicación electrónica del 9 de abril de 2012.

<sup>27</sup> Como vemos, uno de los sentidos de la voz árabe *šāi’ba* es “mancha”, y el dato exige un estudio más a fondo del apelativo, pues podría ser una simple coincidencia pero también podría sugerir que Cervantes asocia su propio nombre con el de su protagonista, don Quijote de la *Mancha*.

<sup>28</sup> Comunicación electrónica del 20 de mayo de 2012.

(*m*).*s.âb bi-d\_râ'* podría muy bien haberse usado para dirigirse al autor, como vocativo sin partícula, para decir ¡(eh, tú) manco!".<sup>29</sup> En Argelia, insiste Mohammed Meouak, "es efectivamente muy común llamar a alguien por algún defecto físico o mental".<sup>30</sup> El vicio es tan común que el Corán lo reprende en la azora 49:11: "¡No os adjudiquéis apodos malintencionados!"<sup>31</sup>

No es raro que a Cervantes le tildaran de "brazo defectuoso" o "estropeado" por la lesión recibida en Lepanto,<sup>32</sup> que disminuiría sus posibilidades de hacer labores forzosas como prisionero. Cabe recordar que incluso Antonio de Sosa, buen amigo de Cervantes, hubo de trabajar una temporada en las canteras de Argel, pese a su condición de sacerdote. Claro que también el futuro novelista recibiría tratamiento especial por su condición de cautivo de alto rescate,<sup>33</sup> pero no es difícil pensar que su minusvalía física lo haría blanco de señalamientos y de burlas de todo tipo en el complicado entorno de su prisión argelina. Sería, de otra parte, simplemente la manera práctica de distinguirlo de los demás cautivos. Esto lo podemos inferir claramente de los documentos oficiales en los que se describe a Cervantes como prisionero: siempre se destaca su brazo tullido junto con su edad, su barba rubia y su cuerpo mediano. "Manco de la mano izquierda" lo llama oficialmente su madre Leonor de Cortinas cuando pide su rescate (Canavaggio 106); "estropeado de el braço y mano izquierda", reza el acta de rescate de Fray Juan Gil de 1580;<sup>34</sup> *manco* a secas lo llamaría años más tarde Avellaneda en su *Quijote* apócrifo. Si concurrimos con la hipótesis, cada vez más apoyada, de Martín de Riquer (Riquer 1998), este "Avellaneda" no sería otro que Gerónimo de Pasamonte, antiguo compañero de armas de Cervantes y prisionero como él en Argel e incluso en Turquía. Acaso Pasamonte repitiera un sobrenombre malicioso, o recordara un apelativo conocido en el cautiverio padecido por el novelista.<sup>35</sup>

Si tantos documentos hacían referencia a su brazo tullido, no es de extrañar que así lo llamaran en árabe también sus carceleros, o bien los renegados, moros y tornadizos con quienes tanto se relacionó el futuro novelista<sup>36</sup>. Contamos con otro dato crucial en este sentido, ya que tenemos documentado el hecho de que Cervantes fue, en efecto, señalado con el epíteto nada

<sup>29</sup> Comunicación electrónica del 11 de junio de 2012.

<sup>30</sup> Comunicación del 9 de abril de 2012.

<sup>31</sup> Cito el Corán por la traducción española de Juan Vernet (547).

<sup>32</sup> Me sugirió la posibilidad el colega Jorge Gil Herrera (Tlemcen, Argelia, octubre 26 de 2011).

<sup>33</sup> Comenta al respecto Emilio Sola: "al ser Cervantes un cautivo de alto precio, también influiría en el cuidado con su salud; el perdón de Hasán Veneciano tendría también esa explicación: era un objeto caro. Los 500 ducados de su rescate, y el lapsus de Sosa al decir que eran mil, indican esa conciencia de alto rescate al pensar en Cervantes" (Comunicación electrónica del 24 de abril de 2012).

<sup>34</sup> Madrid, Archivo Histórico Nacional, *Libro de la redempcion...*, fols. 157-v-158v, apud Garcés 1998, 527.

<sup>35</sup> No deja de ser curioso que cuando Cervantes riposta a Avellaneda, que le ha denigrado por "manco", en el prólogo a su segundo *Quijote*, lo increpa recordándole que "hace de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años" (II: 34). Si recordamos que *shaibedraa'* significa tanto "brazo estropeado" como "brazo canoso" la respuesta de Cervantes a su antiguo compañero de armas, que como políglota que era sabría bien el árabe, resulta aun más intencionada.

<sup>36</sup> A pesar de que la identidad misma del cautivo Cervantes quedó atada a la minusvalía física de su brazo, Hasán Bajá lo amarra al banco de su galera, a punto de navegar a Turquía, "con dos cadenas y unos grillos". Da la impresión de que habría de forzarlo a remar, pese al poco uso que admitidamente tenía de la mano izquierda. También no deja de ser algo extraño que el "soldado aventajado" que fue Cervantes se reincorporara al servicio militar después de haber sido herido en Lepanto y participara en varias campañas contra el turco (Garcés 1998, 524). ¿Cuánta actividad bélica realmente podría llevar a cabo Cervantes, si él mismo admite lo devastadora que fue la herida en el prólogo a sus *Novelas ejemplares*? Allí nos informa enfáticamente que "Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo". Todo es enigma, no cabe duda, en la vida de Cervantes.

menos que por su último amo, el “rey de Argel”, Hasán Pachá o *Başša* el Veneciano. Azán Agá lo llamaría Cervantes en la “Historia del cautivo”, “el más cruel renegado que jamás se ha visto” (*Don Quijote* I, 40, 485). El célebre renegado se debió impresionar lo suficiente por el defecto físico del cautivo como para llamarlo “El estropeado español”. Es Antonio de Sosa quien documenta el dato para la posteridad en su *Diálogo de los mártires de Argel*: “Decía Hasan Baxá, rey de Argel, que como él tuviese guardado al estropeado español tenía seguros sus cristianos, baxeles, y aun toda la ciudad; tanto era lo que temía las trazas de Miguel de Cervantes” (Sosa 1990, 181).

Ahora bien, ¿en qué idioma el renegado bautizaría a Cervantes como “manco” o “brazo estropeado”? Consultada acerca de mis pesquisas, María Antonia Garcés comparte su sospecha de que “quizá Hasan lo dijo en italiano o en árabe (los Bailos venecianos que tuvieron que ver con él en Constantinopla, cuando fue *kapudan pasha* (después de la muerte de Uludj Ali en 1587), decían que hablaba bien el italiano y bastante árabe, pero que no hablaba casi el turco”.<sup>37</sup> Añade por su parte Emilio Sola que Hasan Veneciano apenas sabía una docena de palabras turcas, y que se “entendería en italiano y en la lengua franca de la frontera, que en la variante argelina sin duda tenía mucho del árabe dialectal del momento”.<sup>38</sup> Si para referirse a su cautivo Hasan Pachá eligió el idioma dialectal argelino, moneda común de todos en la “babélica” Argel, lo llamaría *Shaibedraa*’.

Enseguida hay que plantearse si Cervantes pudo haber entendido algo del árabe dialectal del país berberisco en el que tuvo que moverse por cinco años. Se sabe que callejeó Argel con tornadizos, apóstatas al Islam, moros, espías y compatriotas españoles de largo exilio, pues se sirvió de ellos en sus intentos de fuga, hasta el punto que en la *Información de Argel* ha de defenderse de la acusación comprometedor de “tratar con moros y renegados” (Cervantes 2007, 14). Junto a ellos, el escritor experimentó lo que hoy llamamos “inmersión completa” en la lengua dialectal berberisca y el simple sentido común inclina la balanza a la sospecha de que necesariamente algo tenía que haber captado del dialecto árabe del país de sus captores, incluso simplemente para sobrevivir. El propio Cervantes es quien nos da un botón de muestra de sus conocimientos lingüísticos al pintarnos el mundo babélico que vivió tan de cerca: “Aquí todo es confusión, / y todos nos entendemos, / en una lengua mezclada / que ignoramos y sabemos”, (*La gran Sultana* [368]). Pero no sólo se trataba de la *lengua franca*, una mezcla de lenguas románicas y voces bereberes, árabes y turcas que fue moneda común en Berbería y que Sosa califica como “jerigonza” en el capítulo 29 de su *Topografía*.<sup>39</sup> Es que, como otrora el fronterizo Juan Ruiz, Arcipreste de Hita en el episodio de la mora del *Libro de buen Amor* (versos 1508-1512), el autor del *Quijote* se jacta de sus conocimientos del habla morisca local.<sup>40</sup> En la “Historia del cautivo” inserta en el *Quijote* (I, 39, 40, 41, 42) va traduciendo puntualmente algunas frases y voces árabes como *jumá* (viernes); *¿Ámexi?* (¿vaste?); *nizarani* (cristiano o

<sup>37</sup> Comunicación electrónica del 6 de abril de 2012.

<sup>38</sup> Comunicación electrónica del 24 de abril de 2012.

<sup>39</sup> Sobre esta lengua franca, cf. los importantes estudios de Jocelyne Dakhliya (2008) y de Mikel de Epalza (2006). Cervantes se refiere a dicha lengua bastarda en “La historia del cautivo” inserta en el primer *Quijote*: “ni es morisca, ni castellana, ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos” (I, 41, 496). Cf. sobre el minucioso retrato de esta Babel argelina políglota en el *Persiles* Ottmar Hegyi (1999), y sobre la traducción en Cervantes, Moner (99).

<sup>40</sup> Sosa asegura en el capítulo “De las lenguas que se hablan en Argel y de las suertes de monedas que allí corren” de su *Historia general de Argel* que las tres lenguas principales que se hablan en Argel eran el turco, el árabe y la lengua franca “o hablar franco”, pero asegura que la lengua morisca “es general entre todos”, tanto entre los turcos, los moros y aun los cristianos “que de necesidad tratan con ellos”. Sobre el tema, véase Garcés 2002.

extranjero); *zalemas* (cortesías), *gualá* (por Dios), “sí, sí, María; Zoraida *macange* (*mā kân xai* =de ningún modo<sup>41</sup>), entre otras. También en *El Gallardo español* se jacta de su dominio de la lengua: en una de las acotaciones autoriales, aclara otro sentido arábigo: “...salen Alimuzel y Cebrián, su criado, que en arábigo quiere decir lacayo o mozo de caballos” (188).

Pero sus conocimientos del árabe dialectal argelino quedan aun más patentes en *El trato de Argel*. Allí, dos alárabes capturan a un cristiano que huía a Orán y le informan, agitados, al Rey: “Alicum çalema çultan adareimi guarahan çal çul” (142). Para muchos cervantistas como Francisco Ynduráin la frase –sobre todo la segunda parte que inicia tras el saludo ritual al sultán “Salud a vos, Sultán”– parece un galimatías.<sup>42</sup> Pero el gran experto en *Cervantes y la Berbería*, Emilio Sola, en colaboración con Mojtar Abdelouaret, logró decodificar satisfactoriamente el enigma lingüístico en Orán. Vale la pena citarlo por extenso:

Parece seguro –y claro– que la frase ha sufrido bastantes cambios desde Cervantes hasta la primera impresión: los diferentes copistas no tenían que saber árabe. Además, el propio Cervantes habrá adaptado la frase a su propio sistema fonético [...] es normal, pues, que la frase parezca alejada de su forma original que sería: “Alicum çalam ya çultan, hada rumi li Uaharan tçallal”, de la cual la traducción sería: “Salud a vos, Sultán, éste es un cristiano que huía hacia Orán”.

Excepto *çal çul*, me parece claro el sentido de la frase. No pude encontrar el significado exacto de la expresión. Acaso porque se transcribió mal, o porque ya no existe en el uso o porque se trata de una expresión turca. La primera suposición (y es la que mantengo) es que es una transcripción del verbo *taçallala* que tiene, entre otros significados, el de huir. Como se trata en la obra de un cautivo que ha huido, me parece que esta suposición es la más válida.

[. . .] Queda por añadir que “reimi” es *rumi* (palabra que, hasta el día de hoy, significa “cristiano”); que “ada” es *hada* (equivalente al pronombre demostrativo “éste”) y que “Guaharan es Uahran, o sea, Orán (Sola y Abdelouaret 161-162).

Añade Sola: “La conclusión era que Cervantes estaba al tanto del árabe magrebí [...] integrado con naturalidad en su modalidad de lengua franca local.”<sup>43</sup>

Un enigmático chiste cervantino, que he explorado en otro lugar (López-Baralt 2009) viene a respaldar la hipótesis de Sola. Sancho, al enterarse del nombre del autor que los había soñado –Cide Hamete Benengeli (II, 2) equivoca “Benengeli” por “Berenjena”. Supuestamente, el apelativo del historiador arábigo le ha recordado fonéticamente la “berenjena,” hortaliza muy socorrida, como el escudero sabe, entre los moriscos de su patria. Pero Benengeli y “berenjena” no consueñan fonéticamente tan de cerca como para dar por buena, sin más, la equivocación de Sancho. Algo más debe permitir geminar fonéticamente ambas voces de manera tan rápida.

Julio Baena explora las reglas generales de las que se sirve Cervantes para su invención de nombres. Una muy importante es precisamente la regla fonética: “Para Sancho, Benengeli no significa, sino que suena, a “berenjena” (Baena 52). Salinas respalda lo dicho: Cervantes urde sus nombres “sílabas contra sílabas, fonética contra significado” (Salinas 4). Aunque es a Sancho a quien le suena a “berenjena” el apellido de su cronista, parecería que quien habla aquí no es el labriego manchego, sino el antiguo prisionero de Argel, Miguel de Cervantes *Saavedra*. Como se sabe, la voz “berenjena” de remoto origen sánscrito y persa, pasa al árabe clásico como

<sup>41</sup> Para los dejos turcos de la frase, véase Epalza 101.

<sup>42</sup> Cito sus palabras: “el resto es un galimatías, del que puede ser responsable el copista del manuscrito” (Ynduráin xxiv).

<sup>43</sup> Comunicación electrónica del 24 de abril de 2012.

*badanyān* o *badinyān*. Importa advertir, sin embargo, que la variante dialectal magrebí de la voz, es *badinyāl*, que se pronuncia casi como “*badinyel*”. “Badinyeli,” con la “i” final del genitivo, significaría entonces “relativo a”, “de”, “procedente de”, la berenjena: precisamente “aberenjenado” o “berenjenero”. Benengeli y Badinyeli sí consueñan casi perfectamente: ahora es que el chiste retoma su gracia intencionada y funciona de veras. Es obvio que Cervantes inventa nombres que están en estrecha dependencia con su modulación acústica en árabe dialectal argelino. Son chistes, claro está, para fronterizos como él.<sup>44</sup>

Había pues muchas razones para que el novelista cautivo adoptara a partir de Argel, consciente o inconscientemente, el ambiguo sobrenombre “Saavedra” o *Shaibedraa*’, “un apelativo cómico-heroico [...] en buscada convivencia de opuestos”, como diría Pedro Salinas (Salinas 4). El nuevo apellido, de una polivalencia extraordinaria, apunta, en primer lugar, a la configuración de un trauma y al nacimiento de un nuevo yo fronterizo tras el cautiverio en tierras del Islam: el antes y el después de Argel. Como recuerda Garcés, el *Saavedra* “funciona como un clamor o grito de guerra”, que “aclama los hechos heroicos de Lepanto y Argel”, pero “también atestigua y lamenta simultáneamente la experiencia traumática del cautiverio argelino” (2003, 364). Ahora vemos que el “grito de guerra” *Shaibedraa*’, aun más que el simple *Saavedra*, conjuga en sí mismo todas estas experiencias identitarias encontradas. Por más, es nombre godo (por su origen gallego) y a la vez árabe (por su origen argelino): Cervantes, no cabe duda, se ha bautizado con un nombre perfectamente *baciyélmico*.

El sobrenombre *Saavedra*—ahora, más bien *Shaibedraa*’ no sólo le evocaría a Cervantes su largo cautiverio sino el insulto burlón a su cicatriz heroica. Peo para Cervantes, ya lo sabemos, el nombrar era “un mágico utensilio de metamorfosis”, como sugiere Pedro Salinas (3), y probablemente invertiría a su favor el denuesto que implicaba el apelativo *shaibedraa*’. Por eso mismo asegura en el prólogo a su segundo *Quijote* que su manquedad no nació en una taberna, sino “en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros” (II, prólogo, 33). Nada menos que el triunfo de Lepanto. Reitera su orgullo en el prólogo a sus *Novelas ejemplares*: “herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos [...] militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos Quinto, de felice memoria” (*Novelas ejemplares* I, 8). Salta a la vista que el novelista reacciona con virulencia ante el apodo de “manco”, que era, recordemos, su seña vital en los documentos oficiales relacionados con su cautiverio y liberación. Pero también es obvio que su notoria manquedad resulta nuevamente baciyélmica para Cervantes, pues la burla al defecto de su brazo y la gloria

<sup>44</sup> No deja de resultar curiosa una aparente contradicción en la que incurre Cervantes cuando hace hablar en árabe al cautivo, su alter ego, con Zoraida (*Quijote* I, 37, 463). “Él, en lengua árabiga, le dijo que le pedían se quitase el embozo, y que lo hiciese...”. Es obvio que el personaje habla fluidamente el idioma argelino con la mora, a diferencia de la lengua franca que ésta hablaba con los otros cristianos en el jardín de su padre. Sin embargo, cuando el cautivo narra cómo había trabado conocimiento de la bella Zoraida, nos deja saber que no entendía el árabe, pues es incapaz de traducir el papel escrito en árabigo que le bajaba en una caña a la mazmorra: “Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendía el árabigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenía” (*Quijote* I, 37, 488). Es un gran amigo del cautivo, un renegado de Murcia, quien tiene que hacer la traducción.

No nos parece tampoco seguro que debemos interpretar aquí de entrada que el cautivo hablaba la lengua árabe dialectal pero no entendía el árabe escrito, ya que el punto no se nos aclara. Esto sí queda claro, en cambio, en el caso del segundo autor del *Quijote* (I, 9). Cuando éste descubre la crónica del caballero manchego en unos cartapacios viejos, reconoce que están escritos en lengua árabiga, pero admite que no la sabe leer, y que precisa del morisco traductor para que le vierta el códice al español.

militar ganada en Lepanto quedaron unidas para siempre en el apretado espacio de la voz *shaibedraa*’.

En Lepanto y en Orán Cervantes luchó contra el Islam, pero conoció al enemigo demasiado de cerca en Argel, y ya le sería imposible no sentir una inconfesada admiración por su apertura cosmopolita. El nuevo apellido constituye pues la síntesis de un conflicto emocional nunca resuelto del todo. Abona a esta magistral ambigüedad identitaria el hecho de que Saavedra, el ilustre nombre gallego –tan “godo” como el *Quijote* encontrado en la caja de plomo al cierre del primer volumen– consueña fonéticamente con el *Shaibedraa*’ argelino, tan arábigo como la infamia de cautiverio. Y, cómo no, tan arábigo también como la gloriosa pluma de Cide Hamete Benengeli. O Badinÿeli.

Importa tener presente que la fórmula onomástica “Cervantes Saavedra” (o *Shaibedraa*’) de desinencias tan encontradas, obedece perfectamente a la manera que tiene Cervantes de “cristianar” a sus personajes. El apelativo del morisco “Ricote” es una bandera bifronte que enuncia el desprecio por el morisco “ricachón” y a la vez lo defiende como asimilado inofensivo oriundo del Valle de Ricote. Otro tanto el irónico nombre caballeresco “Quijote”, que aúna la viril armadura de guerra con la delicada tela morisca. “Una parte de la palabra sabotea el propósito de la otra”, como apunta Pedro Salinas. (Salinas 3). Igual que Pedro de Urde, que se adjunta un ominoso “Malas” como apellido para retratar su nuevo estado psíquico, que se le disuelve en múltiples identidades volubles, Cervantes también parecería declarar al mundo el nacimiento de un nuevo yo a través de su apelativo adoptado. Es el mismo que ostentan, como vimos, todos los héroes que le sirvieron de alter-ego en Argel, desde el gallardo español don Fernando, que alude a Saavedra como su “otro yo”, hasta el Saavedra que implora su rescate de rodillas y que con un desnudo “Saavedra” proclama su desgracia de cautivo al mundo. En trance de poeta, Cervantes se ha bautizado a sí mismo para anunciar su “guerra civil” identitaria, ya irremediabilmente fronteriza. Concluyo haciendo mía la observación de Pedro Salinas: “Cervantes casi siempre dice las cosas con segunda: pero la segunda que hay que encontrarle, es de primera” (Salinas 5). Éste ha sido precisamente el extraño caso del nombre Saavedra/*Shaibedraa*’, que con su sola enunciación estremecida abrevia para la posteridad la traumática historia vital del padre del *Quijote*.

**Obras citadas**

- Abellán, José Luis. *Los secretos de Cervantes y el exilio de don Quijote*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2006.
- Abi-Ayad, Ahmed. "Argel y la huella del cautiverio en la obra cervantina". *La huella del cautiverio en la obra y pensamiento de Miguel de Cervantes*. Madrid: Fundación Cultural Barresto, 1994. 77-89.
- . "Argel: una etapa decisiva en la obra y el pensamiento de Miguel de Cervantes". *Actas del Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Napoli: Instituto Universitario Orientale, 1995. 131-142.
- . "La representación de los moriscos en la literatura del Siglo de Oro". A. Temimi ed. *Images des morisques dans la littérature et les arts*. Zaghouan: FTERSI, 1999. 15-23.
- . "Argelia y Cervantes". A. Temimi ed. *Nouvelles approches des relations islamo-chrétiennes à l'époque de la Renaissance*. Zaghouan: FTERSI, 2000. 11-17.
- . "Relaciones culturales: Argelia y España". *Les relations Hispano-Maghrébines: passé, présent et avenir*. A. Temimi ed. Zaghouan: FTERSI, 2003. 24-34.
- . "Argel: source littéraire et lieu d'écriture de Miguel de Cervantes". A. Temimi ed. *Hommage à l'École d'Oviedo d'Études Aljamiado*. Zaghouan: FTERSI, 2005. II, 485-494.
- . "Argel: la otra cara de Miguel de Cervantes". Nuria Martínez de Castilla y Rodolfo Gil Benumeya Grimau eds. *De Cervantes y el Islam*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006. 59-70.
- Baena, Julio. "Modos del hacedor de nombres cervantinos: el significado de 'Cide Hamete Benengeli'". *Indiana Journal of Hispanic Literature* 2.2 (1994): 49-62.
- Beaussier, Marcelin. *Dictionnaire pratique arabe-français (nouvelle édition revue, corrigée et augmentée par M. Ben Cheneb)*. Alger: La Maison des Livres, 1958.
- Bennassar, Bartolomé, y Lucile Bennassar. *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*. José Luis Arista tr. Madrid: Nerea, 1989.
- Benumeya Grimau, Rodolfo Gil. "Residuos de morisquismo en los *Quijotes* de Cervantes y Avellaneda". Nuria Martínez de Castilla Muñoz and Rodolfo Gil Benumeya Grimau eds. *De Cervantes y el islam*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006. 197-212.
- Bernabé Pons, Luis. "Cervantes y el Islam: una revisión historiográfica". María Jesús Rubiera Mata ed. *Cervantes entre las dos orillas*. Alicante: Universidad de Alicante, 2006. 21-58.
- Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Canavaggio, Jean. *Cervantes*. Madrid: Espasa-Calpe, 1987.
- Castro, Américo. "Cervantes y el Quijote a una nueva luz". *Cervantes y los casticismos españoles*. Madrid: Alfaguara, 1966.
- . Julio Rodríguez Puértolas ed. *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona: Noguer, 1972.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad. "El gallardo español como héroe fronterizo". *Actas del Tercer Congreso Internacional de Cervantistas*. Palma de Mallorca: Universidad de Islas Baleares: 1998. 571-81.
- . "Presencia de la mujer morisca en la narrativa cervantina". Nuria Martínez de Castilla y Rodolfo Gil Benumeya Grimau eds. *De Cervantes y el Islam*. Madrid: Ministerio de Cultura / Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006.
- Cervantes, Miguel de. Ángel Valbuena Prat ed. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1967.



- . Luis Andrés Murillo ed. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Clásicos Castalia, 1991.
- . Carlos Romero Muñoz ed. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda (Historia septentrional)*. Madrid: Cátedra, 2004.
- . Harry Sieber ed. *Novelas ejemplares*. Madrid: Cátedra, 2006.
- . Emilio Sola ed. “La información de Argel de 1580”. *Archivo de la Frontera*, Colección Textos Mínimos, 2007. [www.cedcs.org](http://www.cedcs.org).
- Cortés, Julio. *Diccionario del árabe culto moderno. Árabe-Español*. Madrid: Gredos, 1996.
- Corriente, Federico. *Diccionario Árabe-Español/ Español-Árabe*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1970.
- Cowan, J. Milton, ed. *A Dictionary of Modern Written Arabic (Arabic-English)*. Ithaca, New York: Spoken Languages Services, 1994.
- Dakhliya, Jocelyne. *Lingua franca. Histoire d'une langue métisse en Méditerranée*. Aix: Actes Sud, 2008.
- De Armas, Frederick. *Don Quixote among the Sarracens. A Clash of Civilizations and Literary Genres*. Toronto: University of Toronto Press, 2011.
- Epalza, Mikel de. “La naturaleza de la lengua franca de Argel y Cervantes”. María Jesús Rubiera Mata ed. *Cervantes entre las dos orillas*. Alicante: Universidad de Alicante, 2006. 85-188.
- Eisenberg, Daniel. “Cervantes, autor de la *Topografía e historia general de Argel*, publicada por Diego de Haedo”. *Cervantes : Bulletin of the Cervantes Society of America* 16.1 (1996): 32-53 [y Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003].
- . “¿Por qué volvió Cervantes de Argel?” Ellen M. Anderson y Amy R. Williamsen eds. *Essays on Golden Age Literature for Geoffrey L. Stagg*. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 1999. 241-251.
- El Corán*. Juan Vernet tr. Barcelona: Planeta, 1993.
- Faure, Roberto, María Asunción Ribes y Antonio García. *Diccionario de apellidos españoles*. Madrid: Espasa Calpe, 2001.
- Ferenczi, Sándor. “Réflexions sur le traumatisme”. *Ouvres complètes de Sándor Ferenczi Psychanalyse* 4.4 (1927-1933): 139-147.
- Fuchs, Barbara. *Passing for Spain. Cervantes and the Fictions of Identity*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press, 2003.
- Garcés, María Antonia. “‘Yo he estado en Argel cinco años esclavo’: cautiverio y creación en Cervantes”. Florencio Sevilla y Carlos Alvar eds. Madrid: *Actas del XIII Congreso Internacional de Hispanistas*, 2000. I, 522-530.
- . *Cervantes in Algiers. A Captive's Tale*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2002. [Trad. española: *Cervantes en Argel: historia de un cautivo*. Madrid: Gredos, 2005.]
- . “Los avatares de un nombre: Saavedra y Cervantes”. *Revista de Literatura (CSIC)* 65.130 (2003): 351-374.
- . “Introduction”. Diana de Armas Wilson tr. María Antonia Garcés ed. *Early Modern Dialogues with Islam: Antonino de Sosa's "Topography of Algiers"*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame, 2011.
- García-Arenal, Mercedes y Miguel Ángel de Bunes. *Los españoles en el norte de África, siglos XV-XVIII*. Madrid: MAPFRE, 1992.

- , y Victoria Aguilar. *Repertorio bibliográfico de las relaciones entre la Península Ibérica y el Norte de África, siglo XV-XVI*. Madrid: Consejo de Investigaciones Científicas / Instituto de Filología, 1989.
- García Carrafa, Alberto y Arturo. *Diccionario Heráldico y genealógico de apellidos españoles y americanos*. Madrid: Nueva Imprenta Radio, 1958.
- Gil Benumeya Grimau, Rodolfo. “Residuos de morisquismo en los *Quijotes* de Cervantes y Avellaneda”. Nuria Martínez de Castilla y Rodolfo Gil Benumeya Grimau eds. *De Cervantes y el Islam*. Madrid: Ministerio de Cultura / Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006.
- Goytisolo, Juan. *Crónicas sarracinas*. Barcelona: Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1982.
- Haedo, fray Diego de. Véase Sosa, Antonio de.
- Hegyí, Ottmar. *Cervantes and the Turks: Historical Reality versus Literary Fiction in “La gran Sultana” y “El amante liberal”*. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 1992.
- . “Algerian Babel Reflected in the *Persiles*”. Ellen M. Anderson y Amy R. Williamsen eds. *Essays on Golden Age Literature for Goeffrey L. Stagg*. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 1999. 225-240.
- Johnson, Carroll B. “Dressing Don Quixote: Of Quixotes and Quixotes”. *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America* 24.1 (2004): 11-21.
- . *Transliterating a Culture: Cervantes and the Moriscos*. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 2010.
- Jurado Santos, Agapita. *Tolerancia y ambigüedad en ‘La gran sultana’ de Cervantes*. Kassel: Reichenberger, 1997.
- Lentin, Albert. *Supplément au Dictionnaire pratique arabe-français de Marcelin Beaussier*. Alger: La Maison des Livres, 1959.
- Lloréns, Vicente. *Historia y ficción en el “Quijote”*. Palma de Mallorca: Papeles de Son Armadans, 1963.
- López-Baralt, Luce. “The Supreme Pen (*al-qalam al-a‘lā*) of Cide Hamete Benengeli”. *Journal of Medieval and Renaissance Studies* 30.3 (2000): 505-518.
- . “Apostillas árabes a un chiste cervantino”. Tom Lathrop ed. *Studies in Spanish Literature in Honor of Daniel Eisenberg*. Madrid: Juan de la Cuesta, 2009. 121-128.
- Makki, Mahmud Ali. “La visión del Islam en el *Quijote*”. *De Cervantes y el Islam*. Nuria Martínez de Castilla Muñoz y Rodolfo Gil Benumeya Grimau eds. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006.
- Márquez Villanueva, Francisco. *Personajes y temas del Quijote*. Madrid: Taurus, 1975.
- . *El problema morisco (desde otras laderas)*. Madrid: Libertarias, 1991.
- . *Moros, moriscos y turcos de Cervantes*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2010.
- Martínez de Castilla, Nuria, y Rodolfo Gil Benumeya Grimau eds. *De Cervantes y el Islam*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006.
- McGaha, Michael. “Hacia la verdadera historia del cautivo Miguel de Cervantes”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 20 (1996): 540-546.
- Molho, Maurice. “Cervantes and the Terrible Mothers”. Ruth El Saffar y Diana de Armas Wilson eds. *Quixotic Desire: Psychoanalytic Perspectives on Cervantes*. Ithaca: Cornell University Press, 1993. 239-254.
- Moner, Michel. “Cervantes y la traducción”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 38.2 (1990): 513-554.

- Morón Arroyo, Ciriaco. "La historia del cautivo y el sentido del *Quijote*". *Iberoromania, Neue Folge* 18 (1983): 91-105.
- Murillo, Luis Andrés. "El *Ur-Quijote*, nueva hipótesis". *Cervantes* 1 (1981): 43-50.
- Oliver Asín, Jaime. *La hija de Agi Morato en la obra de Cervantes*. Madrid: Imprenta Aguirre, 1948.
- Riley, Edward C. *Cervantes' Theory of the Novel*. Oxford: Clarendon Press, 1964. [Carlos Sahagún tr. *Teoría de la novela en Cervantes*. Madrid: Taurus, 1971.]
- Riquer, Martín de. *Cervantes, Pasamonte y Avellaneda*. Barcelona: Sirmio, 1988.
- Rossi, Rosa. *Ascoltare Cervantes*. Roma: Editori Riuniti, 1987. [Trad. española: *Escuchar a Cervantes. Un ensayo biográfico*. Valladolid: Ámbito, 1988.]
- Rubiera Mata, María Jesús, ed. *Cervantes entre las dos orillas*. Alicante: Universidad de Alicante, 2006.
- Salinas, Pedro. "El polvo y los nombres". *Cuadernos Hispanoamericanos* 2 (1952): 211-225 [incluido en Juan Marichal ed. y pról. *Ensayos en literatura hispánica (Del Cantar del Mio Cid a García Lorca)*. Madrid: Aguilar, 1961. 127-142, y en Centro Virtual Cervantes e Instituto Cervantes, 1997-2013. [cvc@cervantes.es](mailto:cvc@cervantes.es) ([http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote\\_antologia/salinas.htm](http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_antologia/salinas.htm)).]
- Sánchez, Alberto. "Revisión del cautiverio cervantino en Argel". *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 17 (1997): 7-24.
- Sola, Emilio. *Uchalí. El calabrés tiñoso, o el mito del corsario mulaldí en la frontera*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2010.
- , y José F. de la Peña. *Cervantes y la Berbería*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- , y Mojtar Abdelouaret. "À propos de 'Alicum çalema çultan adareimi guaharan çal çul' de Cervantes dans *Los tratos de Argel*". *Revue des Langues* (Université d'Oran) 5 (Juillet 1985): 161-163.
- Sosa, Antonio de. Diego de Haedo [1612] e Ignacio Bauer y Landauer [1927-29] eds. *Topografía e historia general de Argel*. 3 vols. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1927-29.
- . *Diálogo de los mártires de Argel*. Emilio Sola ed. Madrid: Hiperión, 1990.
- Spitzer, Leo. "Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*". *Lingüística e historia literaria*. Madrid: Gredos, 1948. 135-187.
- Stoll, André. "Aldonza/Dulcinea en el manuscrito iluminado de Cide Hamete Benengeli. Hacia una arqueología cultural de los fundamentos aljamiados del *Quijote*". Nuria Martínez de Castilla y Rodolfo Gil Benumeya Grimau eds. *De Cervantes y el Islam*. Madrid: Ministerio de Cultura /Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006.
- Tibón, Gutierre. *Diccionario etimológico comparado de los apellidos españoles, hispanoamericanos y filipinos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Viñas, Carmelo, y Ramón Paz. *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechos por iniciativa de Felipe II. Reino de Toledo (tercera parte)*. Madrid: CSIC, 1963.
- Wilson, Diana de Armas. *Cervantes, the Novel and the New World*. Oxford: Oxford University Press, 2000.
- Winnicott, Donald W. "The Concept of Trauma in Relation to the Development of the Individual within the Family". Claire Winnicott et al. eds. *Psycho-Analytic Explorations*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1989.
- Ynduráin, Francisco, ed. *Obras de Miguel de Cervantes*. Madrid: Editorial Atlas, 1962.

Zamora Vicente, Alonso. "El cautiverio en la obra cervantina". Francisco Sánchez-Castañer ed. *Homenaje a Cervantes*. Valencia: Mediterráneo, 1950. II, 239-56.

Zmantar, Françoise. "Saavedra et les captifs du *Trato de Argel* de Miguel de Cervantes". *L'autobiographie dans le monde hispanique. Actes du Colloque de la Baume-lès-Aix*. Aix-en-Provence: Publications Université de Provence, 1980. 185-201.